



Elkin Obregón y sus palabras musicales

Mauricio Restrepo Gil

Una faceta poco exaltada de Elkin Obregón: su pasión, talento y entusiasmo al servicio de antiguas músicas populares colombianas, sus iniciativas para rescatarlas.

Elkin Obregón, buenos tragos, buena música.

Fotografía por Juan Fernando Ospina para Universo Centro, 2021.

Los que tuvimos el gusto de ser sus amigos, en su faceta de caricaturista y acuarelista, en su pasión de librero, en sus desvelos con la “buena” literatura, en sus acercamientos con la tauromaquia, en su gusto y olfato cinéfilo, en sus vivencias bohemias y su afición hacia la música popular colombiana tradicional, especialmente a los pasillos y bambucos viejos, en todos esos escenarios encontramos siempre a un hombre generoso, sin egoísmos, y que con gran sentido pedagógico prodigaba sus conocimientos y su experiencia en interminables “raniasdas” que resultaban ser una cátedra precisa de identidad y sentido de pertenencia.

Su capacidad como caricaturista fue descrita por su amigo *Mico*: “Obregón es de los más grandes caricaturistas colombianos (con Osuna, Barti, Caballero y Naide), un

fisionomista descrestante, tacaño en líneas, de trazo limpio y con humor, porque en las rayas también se agazapa el humor (...)”¹.

Un puente más cercano al alma del pueblo

Amar y difundir la música popular antigua fue una de las pasiones más notables del maestro Obregón, y es por ello que, dado lo escasamente conocida que es esta faceta suya, se hace indispensable esbozar un breve relato al respecto. De niño sintió sus primeras inclinaciones hacia la canción colombiana, especialmente en la finca de descanso de su familia, en Sabaneta, donde eran comunes las serenatas de cantores acompañados de tiple y bandola al son de bambucos, pasillos y danzas.

Fuera de las lecturas de cuentos y relatos infantiles, desde muy corta edad recortó poemas, dibujos y caricaturas de periódicos y revistas, que comenzó a hermanar con las canciones que escuchaba a diario en la radio o en la vitrola familiar. Así se dio cuenta de que muchas de esas canciones estaban compuestas por versos de notables intelectuales locales y foráneos, aunque otras no, había un sentimiento en todas ellas. Comprendió, entonces, que **el arte y la nostalgia eran el puente más cercano al alma del pueblo**, tal y como lo escribió para la revista *Fabricato al*

día muchos años después: “Es difícil buscar en el bambuco y demás aires anexos una mitología. No se cantan allí mitos, ni siquiera individuos. Su acento no tiende a lo épico elemental, como pueden hacerlo a ratos el tango argentino, o el corrido mejicano, a quien alguno ha llamado el último reducto del romancero hispano. Su contenido letrista cabe íntegramente, o casi, en una lírica, más o menos impersonal en cuanto a la psicología o a la apariencia (...)”².

Beberse las canciones del ayer

Ya joven, todo lo que trascendiera a arte y bohemia lo animó a acercarse a personajes que eran leyenda en el Medellín de entonces, músicos y escritores, cantores y pintores, ejecutantes de instrumentos de cuerda o dibujantes e ilustradores. “Yo he tenido mis ‘tragas’ con viejos artistas -confesó Obregón-. Una era con Obdulio Sánchez y la otra, con el maestro Horacio Longas”. Amistad con éstos y decenas más que lo influenciaron a vivir en el medio artístico, quizás de forma diferente a sus pares, pero consciente de que sus triunfos, satisfacciones, derrotas, soledades y excentricidades, le daban sentido a su existencia. Arropó las canciones del ayer, las buscó en sus versiones primigenias, en sus mismos compositores y cantores, se las bebió con

¹ Mico, “Trazos sobre Obregón”, *El Espectador*, Bogotá, abril 12 de 2021.

² Elkin Obregón, “Los músicos populares”, *Fabricato al día*, Medellín, septiembre, octubre de 1967.



Colorida carátula del icónico elepé del cantor Obdulio Sánchez, elaborada por Horacio Longas en 1964.

aguardiente de caña, las compartió y las compaginó con grandes clásicos de la literatura mundial.

Su natural predisposición por las letras y los trazos lo llevaron desde muy joven a publicar sus primeras producciones artísticas en periódicos y revistas de la región. Así, por ejemplo, abordaba con la misma animosidad y respeto a la argentina Marta Traba, famosa crítica de arte

contemporáneo, como al medellinense Manuel Ruiz, *Blumen*, humilde compositor y cantor de bambucos. Ambas entrevistas las publicó con el mismo cariño y esmero, dando a cada cual un valor real y ponderado.

Talentos jóvenes y joyas para la posteridad

Con su corto bagaje, en parte tomado de las mismas entrañas del pueblo, se aventuró a producir discos

fonográficos dando libertad a su soñado interés de hacer grabaciones con los músicos que admiraba o recuperando para la posteridad “pequeñas joyas” musicales con artistas noveles que encontraba. Según palabras del hombre de radio y de discos, Hernán Restrepo Duque, “Elkin Obregón tuvo un sello discográfico que pudo ser el más rico archivo sonoro de la canción antioqueña, porque producía sin tensiones comerciales inmediatas y ponía un gusto exquisito en sus realizaciones”³. Este sello se llamó Discos Aburrá y nació hacia 1964, fundado en compañía de su amigo Ramiro Restrepo. Aunque dejó pocos trabajos, tuvo el honor de hacer los últimos registros fonográficos del cantor Obdulio Sánchez -del dúo Obdulio y Julián-, las primeras grabaciones de Hernando y Yesid, un álbum de canciones folclóricas del Pacífico y cinco piezas inéditas del maestro boyacense Jorge Camargo Spolidore, interpretadas por el Cuarteto Medellín con viola, violín y chelo.

La vieja guardia en Antioquia, historia de una grabación épica

La realización del primer elepé de Discos Aburrá, *La vieja guardia en Antioquia*, se hizo de forma original y épica, “sin más experiencia que el entusiasmo”. La elección del repertorio tuvo lugar en la heladería San Francisco, ubicada en el parque Bo-

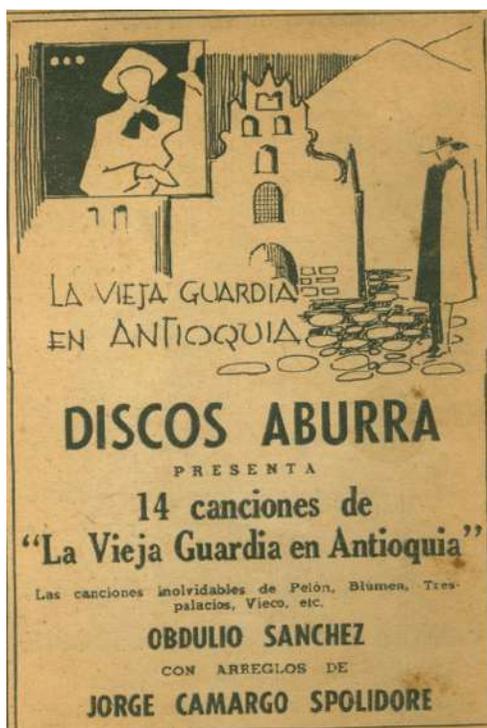
lívar de la capital de la montaña. Allí, Obdulio Sánchez tarareó a media voz a Obregón las piezas que sabía y tenía anotadas en una usada libreta, especialmente canciones olvidadas o semiolvidadas de Antioquia o afincadas en su territorio.

Semanas después, en la finca de la familia de Ramiro Restrepo, en El Poblado, se grabó al natural a Obdulio, acompañado de su guitarra, en una grabadora portátil con cinta de carrete abierto. El material fue enviado al maestro Camargo Spolidore en Bogotá, quien hizo unos estupendos arreglos a las canciones y a los instrumentos que se debían utilizar. Camargo sugirió a los productores un director de grabaciones, recomendando al maestro Jesús Zapata Builes, orquestador y ejecutante de multitud de instrumentos, con quien Obregón inició desde entonces una amistad entrañable..

Una sugerencia del arreglista fue la inclusión del bambuco clásico *Antioqueñita*, de Pelón Santamarta, lo cual en un principio no fue bien recibido por la popularidad de la pieza, pues no compaginaba con la selección, colmada de melodías olvidadas y antiguas, pero finalmente fue incluida como “gancho” para que el disco llegara a cualquier plaza sin necesidad de presentación y de “parte muy aseada”, según recordaba jocosamente don Elkin.

Otro dato desconocido es que, la danza *Sueño de ruseñor*

³ Hernán Restrepo Duque, *Columna Radiolente, El Colombiano*, Medellín, febrero 19 de 1986.



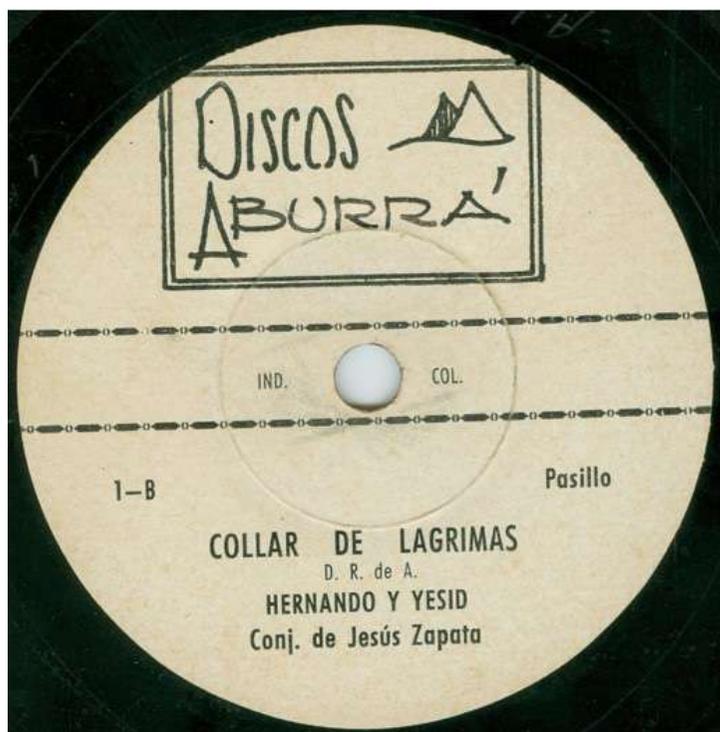
Antiguo recorte publicitario del disco *La vieja guardia en Antioquia*, 1964.

estaba seleccionada y hasta arreglada, pero Obdulio Sánchez la rechazó al momento de grabarla porque no se sentía con la capacidad vocal para lograrla, dado que realmente es apta para un músico de academia. En su lugar se incluyó el bambuco bogotano *Acuarela*, con arreglo improvisado, pero no de menor calidad, del maestro Zapata.

La vieja guardia en Antioquia, fue grabada entonces a mediados del año 1964 en los estudios de discos Silver, bajo la dirección del maestro Zapata Builes y con la coordinación y el entusiasmo de Obregón. Su grabación, según recordaba su artífice, se logró con calidad. pues contó con músicos de primera línea: en el piano. Gerardo Sansón, en el clarinete Gabriel Uribe y Efraín Moreno, en la

lira Jesús Zapata y Manuel "Ovejo" Ríos, en el tiple León Cardona, en el contrabajo Arsenio Montes y Jesús Zapata, en los violines Julián Vieco y Eusebio Ortiz.

El maestro León Cardona recuerda que las jornadas de grabación se hicieron en horas de la noche y sin cobrar un solo peso. Obregón los prodigaba de atenciones, les servía café y algunas viandas para mantener el grupo despierto. "Es que eso era como una pequeña familia, el ambiente era apacible, amistoso, todos querían colaborar", dijo el tiplista. Como algo anecdótico, las notas aparecen firmadas por Sonia Camargo, pero realmente son de Obregón, quien enamorado hasta la bobada y seguramente en agradecimiento a la deferencia que había tenido el padre



Disco de 78 r.p.m. publicado en el sello Discos Aburrá y diseñado por Obregón.

de ésta con los arreglos, cedió dichos créditos. La bella carátula la elaboró, exclusivamente para este trabajo, el célebre artista plástico Horacio Longas, tanto el músico con la guitarra, como las letras del título a mano alzada con pincel.

Cuando el disco ya estuvo listo, fue prensado por Sonolux y se valoró comercialmente en treinta pesos para el público discómano. Para lograr recuperar la inversión realizada, hubo necesidad de hacer una gira por algunas ciudades como Manizales, Armenia, Pereira, Ibagué y Bogotá, hasta donde llevaron Obregón y Ramiro Restrepo el fruto de su quijotesca empresa; “N se ganó ni se perdió dinero, y el disco resultó tan bello como imaginábamos”, escribió uno de sus progenitores.

El nacimiento de un dueto y de “Collar de lágrimas”

Otro acierto del maestro Obregón fue el descubrimiento del dueto Hernando y Yesid, posteriormente, muy popular en nuestro medio. Una tarde, en el apartamento de la compositora y ejecutante Chava Rubio, se reunieron el historiador Heriberto Zapata Cuéncar, Jesús Zapata Builes Elkin Obregón y los referidos Hernando Ossa y Yesid Alzate, quienes aquella tarde cantaron y entusiasmaron a los presentes hasta el punto de programarles una sesión de grabaciones que quedó convertida en la publicación de dos discos en formato de 78 revoluciones por minuto, fórmula muy válida en esos tiempos, con el sabio apoyo musical de Jesús Zapata y la inclusión del pasillo *Collar de*

Lágrimas, el vals peruano *Melgar*, el bambuco *Sin que tú me hicieras nada* y el pasillo *Virginia*.

El rescate de una de esas piezas, destacada como emblemática en la música popular colombiana, se debió a su entusiasmo y a su buen criterio musical. En repetidas ocasiones el maestro *Chuchito* Zapata, como le decían sus amigos, cantaba un antiguo pasillo que andaba en el anonimato y que había aprendido de su hermano mayor, Carlos, sin saber su nombre, ni su procedencia. Elkin, al oírla y llevarla por primera vez al disco, la bautizó con el nombre de *Collar de lágrimas*. “Para mí -recordaba Obregón- sigue siendo una canción anónima, cuyo título es mío”.

Velosa y Totó, profetizando hitos de la música colombiana

Elkin Obregón profetizó la fama de Jorge Velosa y su música caranguera, lo mismo que la de Totó la Momposina. Cuando eran aún desconocidos los animó a ser profesionales y hasta quiso grabarles en alguna de sus cotidianas visitas a Medellín, pero el entusiasmo fue mayor a sus posibilidades económicas y logísticas.

La obra de Elkin Obregón no es apabullante, él prefirió decantarse más bien por la calidad que por la cantidad. Así fue como, con paciencia y con el correr del tiempo, logró acumular una serie de artículos, compilaciones y selecciones de

escritos musicales, además de los de arte, literatura, cine y muchas de sus otras pasiones. De su imaginación salieron a la luz pública *Titiribicito y ocho recuerdos personales*, su primer poemario impreso en mimeógrafo en 1966, donde evocó a los antiguos cantores del viejo Medellín, especialmente los que frecuentaban un olvidado sector que había en el antiguo barrio Guanteros, cerca de Maturín y la Oriental, que se llamó calle Guanteros, hoy demarcada con el número 46, donde nacieron y vivieron algunos de los más tradicionales cantores populares, recordemos a Pelón Santamarta, Juan Yepes, Blumen, Nano Pasos, Adolfo Marín, Enrique Calderón (a. *Barberita*), entre otros.

Cultivó amistad cercana con el acucioso y admirable historiógrafo Heriberto Zapata Cuéncar, a quien colaboró en algunas de sus publicaciones con ilustraciones y hasta prólogo. También tuvo el honor, como un homenaje póstumo en la Colección de Autores Antioqueños en 1995, de editar, corregir y glossar su ‘Antología de la canción en Antioquia’, la más completa y fiel en su género de cuantas se han publicado en nuestro medio.

Rescatar el cancionero colombiano

En sus últimos años se ideó una entrañable colección de libros: ‘Vejece del cancionero colombiano’, bajo el



Afiche elaborado por Obregón para invitar a las tertulias del recinto Quirama, en el decenio de 1980.

rótulo de Rescates, del que alcanzó a publicar dos volúmenes y ya venía un tercero que teníamos escogido y bocetado, pero que no alcanzó a ver concluido, por su inesperada partida de este mundo, la madrugada del 24 de enero de 2021, en su tradicional casa de habitación, ubicada en la avenida Echeverri con Cuba, a media cuadra de la Oriental.

Sin lugar a dudas, y de ello pueden dar fe sus amigos, admiró hasta la médula al dúo de cantores Obdulio y Julián, a quienes dedicó algunas páginas, recordó en tertulias, trazó sus almas en dibujos y gracias a su elevada capacidad literaria los evocó

con sentimiento. En una página inédita, escribió: “Me limito a anotar la sospecha de que ninguno de los dos tuvo nunca plena conciencia de lo que significaron. Cantaban como cantan las cigarras. Fue su destino, fue de algún modo su deber. Nos dejaron, sin saberlo, un mensaje, un ámbito, una presencia que ya muy pocos entienden”⁴. En su añorada y legendaria biblioteca, un zarzo atestado de libros, revistas, fotos, discos, obras de arte y recuerdos, tenía unas bellas tallas de los “gordos”, esculpidas en madera por su amigo Horacio

⁴ Prólogo inédito a libro sobre Obdulio y Julián de Mauricio Restrepo Gil.



Cabezote de este periódico fundado e ilustrado por Obregón.

Longas, que causaban admiración y envidia en muchos amantes de este célebre dueto antioqueño.

Periódicos sui generis, también llenos de música

Fuera de los medios escritos comerciales y reconocidos en los que colaboró por más de medio siglo, hubo tres periódicos "sui generis" que ayudó a fundar en distintas épocas de su vida, los tres casi desconocidos y con vida efímera. El primero, de sus épocas de estudiante universitario, se llamó *Cero*. Era el medio de difusión de los estudiantes de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Pontificia Bolivariana. Posteriormente vio la luz pública el primer periódico inmaduro del país:

Lo-que-no-mata-Engorda, cuya bella y única edición se conoció en agosto de 1982. Allí compartió redacción con Calos Mario Gallego (a. *Mico*) y Eliseo Bernal, destacándose en este número una interesante entrevista al "gran gurú de la música popular" don Hernán Restrepo Duque. Por último, colaboró en *Monte dentro*, un periódico rural de El Retiro que inició su vida en septiembre de 2014 y que tuvo pocas entregas. Allí Obregón, gracias al entusiasmo de la dama Gloria Bermúdez, hizo interesantes colaboraciones musicales e ilustrativas, de entre las cuales recordamos a *Enmascarados de ayer* (sobre el sainete antioqueño), *Un viajante mairero* y *Dos voces del guarzo* [Luciano y Concholón], entre otras.

Finalmente, un testamento espiritual

Finalmente, quiero incluir un poema de su librito *Gramófono y otros borrones*, que es una especie de testamento espiritual, y que bautizó con el título de “Los trovadores”:

No es tanto decir lo que nos dejaron
porque cuando llegue mi muerte
(ya huelo su merodeo)
ni huella quedará de ninguno de nosotros.
Es lo que fueron (no lo que nos dejan).
Fueron la pequeña patria
las tiendas, los rincones en penumbra
bañados por un farol de querosene
la conciencia inconsciente de algo
que ya no es y nunca más será.
Fueron (ya no son) mucho que hemos perdido.
Perdido para siempre,
pues nadie llorará nuestra muerte,
nadie se acusará de olvido.

Mauricio Restrepo Gil. Carolina del Príncipe. Abogado y contador público, especialista en Gestión Tributaria de la Universidad de Antioquia. Miembro de la Academia Antioqueña de Historia. Ha publicado artículos en los periódicos *El Espectador*, de Bogotá, y *El Mundo*, de Medellín. Colaborador de *Escritos desde la Sala* y de la revista *Tanguedia*, de la República Oriental del Uruguay. Libros: *El yarumo y la lira* (2004), *Semblanza de la Ciudad Retablo* (2007), *Pinacoteca del Cabildo de Yarumal* (2009), *Hernán Restrepo Duque, una biografía* (2012) *Asentamientos rurales de Yarumal* (2015), entre otros títulos.